

CLARA JANÉS¹

4 poemas de Estructuras Disipativas

Y la quietud

Dije a la fuente seca
que el recuerdo del agua
se hallaba en el plano de la nube.
Llegó un viento
y lo barrió.
La claridad descendía...

¡Persigue las líneas
de su movimiento,
aunque sólo movimiento
alcances!
Tu boca se llenará
de aliento de vida,
y de números y flores...

Pero, inasibles,
las cifras y las plantas
se fundían.

¹ Escritora española que cultiva numerosos géneros literarios, destacándose como poeta. Se distingue, además, como traductora de diferentes idiomas centro-europeos y orientales. Desde 2015 integra la Real Academia Española, siendo la décima mujer elegida como Académica Numeraria. Véase la entrevista a su figura en la sección “Ida y vuelta” de este mismo número.

Dije a la fuente seca:
hay manantiales ocultos
incluso en campo baldío.

Y la quietud
es el punto microscópico
del movimiento
elevado al infinito.

Concreción de la noche

Leyendo a Jenaro Talens

¿Cuál es el orden
de la oscuridad?
Venga un hilo de anhelo
y recorra las sombras
señalando volúmenes y masas,
energías,
velocidades de la quietud,
cargas magnéticas
que incitan
a movimiento
y ese injerto de la pasión
que cobra aliento
con cada gesto de diferencia,
amor a tientas
todavía
o ya para siempre,
acogiendo
la contemplación intuida
de la tiniebla.

Yo fluctuante

Un continuo
marchitarse de rosas,
un viento,
y cae la pluma
del ave
que sostiene el vuelo,
y el color
asciende de la sombra
mientras se eleva
la desesperación;
y vuelven a abrirse
y marchitarse las rosas,
y el espejismo del jardín
donde compartíamos amor
escarbando la tierra
y siendo tierra,
y se acercaba
el maullido
como ahora,
cuando es claridad el desgarró,
en el rojo del perfume,
con el latido de las rosas renovadas
que acogen
la lucidez y el llanto
de las células en muda
mientras la niebla
pasa un paño
por el rostro de la luna.

*La atmósfera es precisamente lo que no podemos
separar mediante el pensamiento.
Wittgenstein*

A Rafael Martínez Nadal

In Memoriam

Todavía la luz barre el camino
y las jaras y celindas abren sus alas de perfume.
Todavía el romero se eleva en oferente gesto
y la luna es un halo para las rosas blancas,
esas luces perpetuas,
vigías del encuentro.
Todavía nos sentamos bajo los olivos
y el aire es el lazo primero silencioso.
Destella la flor del granado y pasa un mirlo,
las hojas aletean brevemente,
se oye un silbo y su réplica,
y el perro dormita cerca de la casa.
Y seguimos contemplando como cae la tarde.

Tú estás ahí, sosteniendo la red de la amistad,
evocando un poema de Lorca y aquel cuadro,
la Danae cubierta por la lluvia de oro
o La laguna Estigia, que gustaba a Dalí.
Tú estás ahí y eres Antonio Torres
y te hallas en el nudo de los acontecimientos, sin saberlo,
con tus crónicas desde Londres...
Estás ahí y nos enseñas el manzano de Irene Claremont
y su asombrosa muerte,
y la sobria muerte de Castillejo,
y la fuerza de Jacinta,
que luego dejará la danza para seguirte,
y ahora nos ofrece una ensalada con naranja
con un gesto que por sí solo es coreografía.

La luz declina.
Apunta la primera estrella en el celeste mar
y algún grillo se anuncia.
Tú estás ahí y recuerdas a María,
que toma una horchata en la Plaza de Santa Bárbara
y se levanta apresurada como la cenicienta,
porque a las diez tiene que estar en casa.

Y la recuerdas en La Pièce, rodeada de gatos
y plantas de cicuta,
o en el centro de un cerco de setas, en un claro del bosque.
Y recuerdas también a Marcelle Auclair y a Sánchez Mejías,
a la Argentinita y a Kathleen Raine.
Y te escuchamos religiosamente
porque nadie como tú sabe contar la historia...

Y ahora quieres que nosotros hablemos
y lanzas al aire una pregunta
a la que todos debemos responder por turno:
“¿Cuál es el mal de nuestro siglo?”
Recordando a Rosa Chacel, digo: “La falta de fe”.
Y veo a Rosa igualmente bajo los olivos,
con la mirada seria.
Y veo a Jeaninne, a Juan Haro,
a David, a Leonardo, a José Luis...
Y la sonrisa destella en cada hoja
tocada por la noche luminosa
mientras la llama de una vela oscila sobre la mesa
junto a la fruta del olivar.
Y sí, es la felicidad esa armonía por tu mano entretejida.

Todavía mece una ráfaga de viento
las sombras del ramaje en la tierra y la hierba
y tú recitas:

Eran tres
(vino el día con sus hachas.)
Eran dos
(alas rastreras de plata.)
Era uno.
Era ninguno
(se quedó desnuda el agua.)

Y allí seguimos todos, ausentes y presentes,
en torno a ese momento,
que la fortuna nos ha deparado, de rodear tu mesa,
dispuestos a incorporar tu gesto de equilibrio

y tu alegría,
mientras tu abarcadora voz prosigue,
a través de un poema o un recuerdo,
como un raudal de vida,
uniendo los espacios
y los tiempos.

